AL SERVICIO DE LA CORONA. SOLDADOS DE MAR Y TIERRA EN FILIPINAS: EL CASO DE LA FAMILIA AZCUETA

Antoni PICAZO I MUNTANER
Universitat de les Illes Balears

Resumen

Las Filipinas fueron incorporadas a la Monarquía hispánica tras unas etapas de conquista y colonización prolongadas en el tiempo. En la línea de los numerosos estudios sobre los personajes más ilustres que participaron en aquel proceso, presentamos el análisis del recorrido vital de uno de ellos: Cristóbal de Azcueta, almirante y general que participó en muchos de los hechos de armas de la conquista del archipiélago entre finales del siglo XVI y principios del XVII.

Palabras clave: Filipinas, colonización, militares, Azcueta.

Introducción

La dinámica provocada por la política de la Monarquía hispánica en Filipinas se tradujo en la formación de dos bandos políticos muy distintos y cuyos objetivos eran asimismo dispares. Por una parte, un grupo sumamente imperialista que no se conformaba con el control efectivo de todo el archipiélago, sino que preconizaba una expansión militar más allá de las islas, tanto en el Pacífico como en el Mar de China, lo que llevó a la ocupación parcial de Isla Hermosa (Taiwán). Tal grupo también estudió la posibilidad de conquistar bases fundamentales para el control militar y económico de toda el área, de las Molucas a Cochinchina. El bando antagónico lo formaban los partidarios de renunciar a toda expansión territorial y potenciar, en cambio, las relaciones comerciales con todos los reinos de la zona, así como reactivar, sin ningún tipo de trabas, el comercio filipino, toda vez que hubo momentos trágicos para el trato y contrato de Manila, hasta el punto de que sus autoridades intentaron establecer relaciones diplomáticas

para favorecer el comercio con zonas estratégicas, como Siam o, especialmente, Japón, y superar así el caótico momento económico. La dialéctica entre estas dos visiones, entre estas dos concepciones de la presencia hispana en Asia, se saldó con el triunfo parcial de la segunda, pues el tráfico de mercancías fue el eje de la política de la Monarquía en el archipiélago, si bien el comercio de este se limitó a Nueva España y, por extensión, a toda América. Ello condujo a una política mercantilista muy reglamentada, excesivamente rígida, alejada por completo de los intereses de los mercaderes tanto de Filipinas como de Nueva España —e incluso del Perú— y, por supuesto, muy lejos de aquellas implementaciones que realizaron y desarrollaron las grandes compañías europeas asentadas en la zona —que utilizaron inversores pertenecientes a la élite nativa—. Pero el bando «imperialista» también consiguió imponer, parcial y pasajeramente, sus puntos de vista, plasmados en algunas campañas ejecutadas con éxito que, no obstante, serían olvidadas tiempo después. En ellas participaron activamente una serie de personajes, los verdaderamente «primeros de Filipinas», que ofrecieron sus servicios de armas a la Corona y consiguieron en aquellos lejanos mares triunfos espectaculares, como la conquista de las islas Molucas o la ya señalada ocupación de Isla Hermosa. En la peripecia de algunos de ellos, pertenecientes a la familia Azcueta Menchaca, vamos a adentrarnos, centrándonos especialmente en Cristóbal Azcueta, almirante y general.

Cristóbal de Azcueta

Cristóbal de Azcueta fue uno de los primeros militares que llegaron a Filipinas y que posibilitaron la conquista íntegra del archipiélago. Azcueta estuvo casado con Ana de Salazar, hija de Juan de Salazar y María Bermúdez de Villavicencio, que se hallaban entre aquellas primeras familias que, procedentes de Nueva España, poblaron las islas tras la conquista de Legazpi —por más señas, arribaron al archipiélago en el segundo viaje de aquel—. De este matrimonio nacieron varios hijos, entre ellos Diego de Azcueta, que más tarde serviría con su padre como militar en los presidios de las islas Molucas, esencialmente en Ternate. Como muchos otros soldados de Filipinas, Cristóbal de Azcueta no solo fue un soldado del rey —le sirvió en los numerosos conflictos de toda aquella región, desde la lucha contra la resistencia de los naturales de la tierra hasta las medidas tomadas ante el temor a una invasión japonesa, pasando por los combates contra los holandeses o el apoyo a la India portuguesa—; también fue encomendero, político y mercader, aunque su faceta prevalente fuera la de combatiente. A la sombra de todas estas dedicaciones iría tejiendo una enorme y extensa red de poder, red que en las islas desarrollaría unas peculiaridades propias, toda vez que el comercio con las provincias y reinos circunvecinos era importantísimo para la conservación de la tierra y para que los colonos hispanos pudieran gozar de un estatus elevado.

Cristóbal de Azcueta Menchaca (1) estuvo en activo como soldado durante veinticinco años, hasta morir en acto de servicio cuando el gobernador Juan de Silva lo envió en misión a la India y su barco desapareció junto con toda su tripulación. A lo largo de su trayectoria como militar fue ascendiendo de alférez a capitán, de capitán a almirante y de almirante, por último, a general, cumpliendo siempre sus obligaciones de una forma más que ejemplar. Entre sus hechos de armas más significativos podríamos destacar la colonización y control de Filipinas, de la que Azcueta nos legó una interpretación un tanto particular, pues para él la conquista de las islas se debió, ante todo, a la buena reputación que tenía la nación española, «que sin esto no se hubiera conseguido nada» (2). También cabría destacar su participación en la campaña de 1598 para asegurar el puerto de Capul, al sur de Luzón —que controlaba el paso del estrecho del mismo nombre, por donde generalmente pasaban las naves que se dirigían a Nueva España (3)—, al mando de una compañía con la que consiguió una victoria rápida y determinante. Pero su hecho de armas más y mejor reconocido fue su entrega en la defensa de Manila durante la revuelta de los sangleyes en 1603, sin desmerecer la conquista de las islas Molucas, efectuada en 1605 bajo las órdenes de Pedro de Acuña. Tras todos estos éxitos, y percibiendo que Azcueta ofrecía un perfil adecuado para ocupar un cargo de mayor importancia en esta área estratégica y económicamente vital, el gobernador De Silva le nombró maestro de campo del presidio de Ternate. Será durante esta etapa cuando capture una nave holandesa con toda su tripulación, acción en la que se incautó de documentos muy importantes.

También fue capitán del galeón de Acapulco que en 1595 viajó a Nueva España. Antes de iniciar su regreso, el virrey, Luis de Velasco, le nombró almirante, rango con el que comandó el galeón *San Felipe*, que pocos años después naufragaría en las costas japonesas. En 1609 doblegó la resistencia de los naturales de la costa de Mindanao, a los que los españoles denominaron «indios pintados» debido a los numerosos tatuajes que lucían por todo el cuerpo.

En 1607, tras la muerte de Agustín de Arceo, Cristóbal de Azcueta envió una petición donde solicitaba que se le nombrase maestro de campo de Filipinas, para lo que alegaba, entre otros méritos, sus importantes acciones ante la sublevación de los sangleyes, especialmente en las jornadas del fortín de San Pablo y de Batanga, hechos narrados por Antonio de Morga y que muchos de sus compañeros de armas calificaron de verdaderamente heroicos, tal como recoge Cesáreo Fernández Duro: «... pasados quince días, salió de nuevo el capitán Cristóbal de Azcueta Menchaca con 200 españoles, soldados y (...)

(1) AGI, Indiferente 111, N.134. Méritos de Diego de Azcueta y Menchaca.

(2) *Ibíd.*, f. 5.

(3) AGI, Filipinas 20, R.3, N.29. Carta de Juan Tello y Aguirre, general, a Rodrigo de Vivero, gobernador de Filipinas, sobre la pérdida de la nao capitana, cerca de Capul, 20 de julio de 1608.

arrollaron bizarramente á los sangleyes empujándoles hacia el interior por las provincias de San Pablo y Batangas» (4).

En 1594 Cristóbal de Azcueta presentó a la corte un memorial que es un verdadero compendio de la historia de Filipinas y de las necesidades del archipiélago. En este documento, Azcueta daba cuenta de la muerte del gobernador Gómez Pérez das Mariñas, el 26 octubre de 1593, asesinado por los forzados de la galera capitana «y toda la gente que en ella iba embarcada» (5). Los amotinados, en su mayoría sangleyes, terminaron llevándose el navío. Pero el relato del suceso le daba pie a extenderse sobre los vicios del gobierno del archipiélago, exponiendo que, si bien el rey había enviado un escrito a Pérez das Mariñas para que, faltando de su gobierno, pudiera nombrar, con entera discrecionalidad, un sustituto, la elección de aquel no había sido la adecuada. Ciertamente, Pérez das Mariñas nombró para su relevo a su hijo Luis Gómez, de poco más o menos veintidós años y carente de la experiencia suficiente para conservar el archipiélago en unos momentos extremadamente delicados (6). La mayoría de los datos aportados en la relación de Azcueta son sin duda una valiosa fuente para comprender la dinámica que prevaleció durante la colonización de Filipinas y la conquista de algunas de sus islas, y evidencian la necesidad de controlar una vasta área de comercio, dando debida cuenta de la ocupación de Ternate, Tidore, Batachina, Bachan, Maquien y Labua o, incluso, de las colisiones entre las poderosas élites manileñas (7), de las que presta elocuente testimonio la muerte de Pedro Bravo de Acuña por un presunto envenenamiento del que nada se pudo o se quiso esclarecer.

De este modo, Azcueta, en su memorial, dio cumplida cuenta de cuáles eran las debilidades estructurales de la administración en las islas y pidió su correspondiente remedio, aportando por añadidura sugerencias al respecto. Y así, por ejemplo, señalaba que cabía prestar más atención a las provincias, limitando las atribuciones de los religiosos a las inherentes al ejercicio de su ministerio y dejando el gobierno a la gente de capa y espada, para conservar y mejorar la real hacienda (8).

Otro de los factores que a su entender impedían el buen gobierno era «la libertad de los jueces eclesiásticos, con graves excesos, incluso incumpliendo los mandatos del gobernador, ocupando violentamente aquellas atribuciones que no son de su jurisdicción» (9). La creación de una Audiencia con un presupuesto de 1.000 ducados, «a semejanza de Castilla», podría «remediar la justicia de aquellas islas» (10).

(4) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, vol. 3. Madrid, 1897, p. 289.

(5) AGI, Patronato 25, R.53, f. 1. Memorial de Cristóbal de Azcueta Menchaca, 1594.

(6) *Ibíd.*, f. 2.

(7) PICAZO I MUNTANER, Antoni: *Capitanes de Manila*. EAC, 2010.

(8) AGI, Patronato 25, R.53, f. 2.

(9) *Ibíd.*, f. 3.

(10) *Ibíd.*

En cuanto a la seguridad del archipiélago, advertía de que se debía estar muy alerta ante las intenciones de los japoneses, que bien pudieran intentar ocupar las islas, y de que se había formado contra los españoles, y especialmente contra la ciudad de Cebú, una coalición liderada por el rey de Mindanao (11). Nuestro protagonista concluía que en esos momentos se debía recelar de los naturales, los cuales estaban ansiosos por recuperar sus libertades.

Siguiendo con este apartado de los riesgos para la defensa filipina, Azcueta avisaba de que, dada la estratégica situación del archipiélago, y la peligrosidad de la frontera con Japón y China, era del todo evidente que faltaban presidios para una defensa eficiente; por ello, era necesario enviar socorro de municiones y gente de guerra que se pudiera hacer cargo de ella. Y, siendo los enemigos que rodeaban las Filipinas numerosos, los capitanes y oficiales de guerra que se enviasen deberían ser sumamente experimentados. Otro de los más graves inconvenientes para la seguridad filipina estribaba en que, como ya Azcueta había dejado meridianamente claro, los pocos navíos enviados desde Nueva España tardaban demasiado en arribar, lo que imposibilitaba cualquier acción defensiva eficaz. Además, en las islas había escasez de barcos y de marineros, por lo que se hacía del todo necesario que se enviasen desde Acapulco. Por último, cerrando este capítulo de las lagunas defensivas del archipiélago, pidió una mayor dotación de artilleros y fundidores de artillería, puesto que «había una muy gran falta» y eran muy importantes para la defensa de los fuertes de aquellas islas (12).

Pero Cristóbal de Azcueta, como todos los españoles residentes en Filipinas, también se dedicó a los negocios, especialmente a la compra de productos asiáticos y a su ulterior venta en la América continental. Sin embargo, la irrupción de las redes mercantiles novohispanas estaba alterando los circuitos económicos internos en el archipiélago, por lo que solicitó un cambio radical en los negocios filipinos sobre la base de tres puntos: 1, que no trataran ni contrataran en las islas «los que no sean moradores de ellas»; 2, que no se embarcase dinero «si no es de las islas», puesto que, dada la gran capacidad económica de los mercaderes mejicanos, «se han encarecido las mercaderías» y, si aquella dinámica continuaba, las islas se empobrecerían y se despoblarían; y 3, que se pudiera traer oro y plata a las islas «fuera en la cantidad que fuera» (13).

Un ejemplo que evidencia las dinámicas que caracterizaban a las redes de poder de las Filipinas hispánicas y sus circunstancias lo hallamos en dos peticiones que perfilan la red a la que perteneció la familia Azcueta. En primer lugar, una postulación formulada en 1604 por Cristóbal de Azcueta, quien demandaba una serie de prebendas, entre ellas un hábito, el incremento de 2.000 a 6.000 de los indios encomendados o su equivalente a 2.000 pesos, y el ascenso, desde su cargo de capitán, al de sargento mayor de Manila (14).

(11) *Ibidem*, f. 4.

(12) *Ibidem*, f. 5.

(13) AGI, Indiferente 111, N.134, f. 6.

(14) AGI, Filipinas 36, N.30. Petición de Cristóbal de Azcueta de hábito, indios y oficios.

Pero ¿de quiénes y de qué instituciones recibió apoyó Azcueta en su solicitud? Como ya hemos citado, Azcueta pertenecía a una amplia red de poder que controlaba el destino económico, político, militar y aun religioso de Filipinas. Entre las personas que le avalaron hallamos a los principales miembros del poder político y militar: el gobernador y capitán general del archipiélago, Pedro de Acuña; el cabildo manileño al completo, entre cuyos miembros figuraban Juan Alonso de Sosa, Agustín de Arceo, Álvaro Pérez, Diego Ruiz de Ayala, Pedro de Chaves, Marcos de la Cueva, Juan de Valmaseda, el escribano Miguel Martínez y, por supuesto, religiosos como fray Juan de Garrovillas, provincial de la orden de san Francisco; el deán, Juan de Vivero; el arcediano, Fernando Gómez de Arellano; el chantre, Santiago de Castro; el maestro de escuela, el canónigo Francisco Rodríguez Cervantes, y Francisco de Carranza, Gregorio López, provincial de la Compañía de Jesús en Filipinas, y Pedro de Montes, también jesuita. La mayoría de estas personas, como colonos de las incipientes Filipinas hispánicas que poco a poco se iban introduciendo en el comercio regional, ya habían enviado una queja a la corte en la que solicitaban una revisión de las ordenanzas que restringían el comercio del archipiélago con Nueva España (15). Entre sus peticiones podemos destacar, por ejemplo, la de que se les otorgasen mercedes con que compensar la cantidad de imposiciones que pagaban por las mercancías que mandaban a Nueva España, cuyo número, se quejaban, últimamente se había incrementado demasiado. Lógicamente protestaron por las restricciones que se habían impuesto para el comercio con Asia y América, y en especial por la irrupción en el mismo de los poderosos mercaderes novohispanos, muy capitalizados y que estaban acaparando las mejores mercaderías que llegaban a Filipinas. Finalmente, tras apelar al gran servicio de armas que prestaban los colonos de las islas, defendiéndolas de los numerosos enemigos que las rodeaban, pidieron autorización para comerciar directamente con el Perú.

Esa red pervivió aun con el cambio de gobernador. Así, cuando llegó Gómez Pérez das Mariñas, lo hizo acompañado de un sobrino, Fernando de Castro. Azcueta, y buena parte de la red a la que pertenecía, intercedió ante la misma Corona para que al joven recién llegado se le diera un cargo político. Pero toda red tiene su competidora, y los choques entre ellas, especialmente en Filipinas, eran bastante frecuentes y, en algunos casos, incluso violentos. En ese sentido, el oidor de la Audiencia, Antonio de Ribera Maldonado, ordenó *motu proprio*, y sin ajustarse a la legalidad, la detención de Azcueta y su encarcelamiento en el mismo cabildo de la ciudad, de lo que pasó después a informar al maestro de campo de Manila, Gonzalo de Ronquillo. Sin embargo, la rápida intervención del gobernador y capitán general, Pedro de Acuña, atajó esta crisis entre los militares y la Audiencia, que se agravaba a ojos vistas. Acuña, además, envió una misiva urgente a la corte en la que demandaba una delimitación más clara de competencias y que la Audiencia no se extralimitara

(15) AGI, Filipinas 35, N.4. Carta de vecinos de Filipinas sobre situación y comercio, 28 de junio de 1595.

en sus funciones: «... aunque la correspondencia con la Real Audiencia es buena a veces hay problemas de jurisdicción, y no se pueden excusar porque esta tierra está rodeada de enemigos por ello mismo se queja por el arresto ordenado por un solo oidor contra un soldado, además las causas contra militares los ve el Capitán General» (16), añadiendo que este tipo de actuaciones «crea mucha turbación a la gente de guerra» (17).

El memorial de Azcueta

Entre las grandes acciones de guerra de Cristóbal de Azcueta se halla la captura de un navío holandés en las Molucas, cuando era gobernador del presidio de Ternate. Se trataba de un barco mandado por Pablo Branzaerden con veinticuatro hombres a bordo.

Azcueta se tomó la licencia de pedir un rescate por dicha presa, desglosado así: por el general holandés, 2.000 ducados; por cada uno de los veinticuatro miembros de la tripulación, el sueldo de un año; 5.000 cestos de arroz, lo que, a 5 pesos cada cesto, da un total de 25.000 pesos; 450 tinajas de vino, que a 10 pesos por tinaja, arroja un monto de 4.500 pesos; por veinte paños de 40 varas, a 4 pesos la vara, 3.200; por 2.000 mantas y camisas, 4.000; 2.000 por la fragata que tomaron del rey de España, y por la ropa, otros 2.000 (18).

Diego de Azcueta

Uno de los hijos de Cristóbal de Azcueta, Diego, siguió los pasos de su padre, bajo cuyo mando sirvió como alférez, y fue nombrado capitán de infantería de Manila en 1608. En 1609 participó, durante medio año, junto a su padre en la lucha contra los pintados. Ese mismo año tuvo que ayudar al general Gallinato, que estaba en Arévalo, y el cual le ordenó ir a Cebú. En 1617 lo hallamos en la armada que el general Ronquillo organizó para combatir a los holandeses, contra los que luchó en la batalla de Playahonda, donde se hundieron algunas naves enemigas, entre ellas la almiranta de Spilberg. En 1623 participa en una de las empresas más ambiciosas de aquella época: las jornadas de invasión de Isla Hermosa, para las que se le nombró cabo del galeón *Nuestra Señora de Atocha*. Tal expedición nos dejó un buen número de documentos que permiten comprender el juego de intereses en el Pacífico de las potencias europeas. Entre ellos está el hermoso mapa de Pedro Vera, de 1626, con detalles de esa isla, en especial de los puertos que tenían los holan-

(16) AGI, Filipinas 7, R.1, N.13, f. 1. Carta de Acuña sobre encarcelamiento de Cristóbal Azcoitia. Manila, 20 de diciembre de 1603.

(17) *Ibidem*.

(18) AGI, México 28, N.2. Carta del virrey Luis de Velasco el Joven. México, 4 de abril de 1610.

deses o del fundado por los españoles. En 1626, Diego fue ascendido a capitán de arcabuceros.

El 22 de septiembre de 1636, Diego de Azcueta y Menchaca, hijo del general y maestro de campo Cristóbal de Azcueta y Menchaca, y ya general a su vez, envió a la corte un memorial impreso donde suplicaba que se le concediese el gobierno de Ternate, vacante por la reciente muerte del general Esteban de Alcázar. Como alegación principal y básica de entre aquellas en que sustentaba su petición figuraba la circunstancia de que ese cargo ya lo había ocupado con anterioridad su padre y de que él había estado a su servicio en dicho presidio, por lo que conocía muy bien la tierra, la calidad de sus naturales y las capacidades de los enemigos que rodeaban la plaza. Por ello afirmó que era la persona más idónea para asumir dicha obligación, porque tenía «mucha noticia de las cosas de esa tierra», donde había servido «muchos años en compañía de mi padre», y sabía cómo se habían «de llevar y guardar» (19).

Además, Diego de Azcueta añadió los méritos de su familia, cuyos varones, todos ellos, servían como militares; como sus hermanos los capitanes Andrés, Cristóbal y Pedro Azcueta Menchaca, hijos del general y maestro de campo Cristóbal de Azcueta Menchaca. Entre los muchos méritos que enumeraba añadió que su padre, además de participar en la conquista de las islas, también lo había hecho en Flandes. Después de acumular merecimientos, su progenitor obtuvo dos encomiendas de unos mil indios, «una en Magaldan, provincia de Pangasinam, la otra en San Pablo, en la laguna de Bay, entre ambas dos mil tributos» (20). Entre los testigos de lo afirmado y que avalaron su petición, así como los servicios prestados, declararon el general Gonzalo Ronquillo, castellano del castillo de San Felipe y Santiago de Manila; Esteban de Alcázar, capitán y sargento mayor; el alférez Alonso de Aldana, el general Juan Guerra, el almirante Pedro de Zárate y el capitán José de Naveda Alvarado.

Pero Diego de Azcueta previamente había solicitado otras mercedes, concretamente que se le otorgase una encomienda u oficio de gobierno o de guerra, alegando haber sido capitán de infantería en las islas del Maluco e hijo del general Cristóbal de Azcueta, «que fue uno de los conquistadores de las islas Filipinas» (21); en virtud de ello solicitaba «que se le proveyere de cargos de justicia y guerra que en lo tocante a encomiendas de indios tenga a bien recomendar su persona» (22).

Sin embargo, esta petición, formulada en 1634, topó con un inconveniente de carácter legal, puesto que, según las Leyes de Indias, las personas al cargo

(19) AGI, Filipinas 41, N.26. Petición de Diego de Azcueta de gobierno de Ternate, 1636.

(20) *Ibidem*, f. 9. Por ello no solo solicitó heredar las encomiendas de su padre; además, pidió que se le concediese la merced de vestir el hábito de Santiago, petición que recibió el apoyo de Álvaro de Mesa y Lugo, oidor que fue de la Audiencia de Filipinas y auditor de la armada de Filipinas de 1616, y de Marcos Zapata de Gálvez, oidor de la Audiencia de Manila y posteriormente fiscal de la misma.

(21) AGI, Filipinas 40, N.46, f. 1. Petición de Andrés de Azcueta de encomienda u oficio, 1634.

(22) *Ibidem*.

de encomiendas no podía gozar de ningún cargo de gobierno ni militar. Por ello, Diego de Azcueta, junto con el depositario general de Manila, Andrés López de Azaldegui, que estaba en su misma situación, realizaron una notable recopilación documental de precedentes, en la América hispana, de excepciones a esta norma. Un trabajo, cabe remarcarlo, documentado abundantemente y bien argumentado (23). Además de sus méritos, adjuntaron una copia del capítulo 41 de las Ordenanzas de la Audiencia de Lima de 17 de agosto de 1565, donde se disponía que no se diesen ayudas de costa, oficios, correjimientos ni otros aprovechamientos a quien tuviera indios encomendados, es decir, el precepto de las Leyes de Indias que les vetaba el particular por el que optaban. Pero acto seguido, como señalamos, también adjuntaron algunas excepciones, acreditadas mediante dos documentos legales sumamente interesantes. Por una parte, una copia de la real cédula de 20 de abril de 1630 dirigida al conde de Chinchón, virrey del Perú, que le facultaba para valerse de las personas de quienes estuviera más satisfecho, a fin de ocuparles en oficios y cargos del real servicio, aunque fuesen encomenderos, siempre que dichos oficios no se desarrollasen en el lugar donde tuvieran radicadas sus encomiendas. El segundo documento era otra real cédula, esta de 23 de marzo de 1634, dirigida a Álvaro de Quiñones Osorio, gobernador y capitán general de Guatemala y presidente de su Audiencia, para que pudiera proveer de oficios y cargos a Marcos Estupiñán, a pesar de ser encomendero, en consideración a sus servicios. Así pues, con estos antecedentes la corte dictaminó que se les otorgase lo demandado «salvo informe de inconvenientes emitido por el gobernador» (24), lo cual se verificó ese mismo año con la correspondiente real cédula (25) y un oficio emitido por el Consejo de Indias (26).

Pero no sería esta la única petición formulada por Diego de Azcueta, puesto que, tras habersele concedido tres encomiendas de indios, solicitó la prórroga de esa merced por otra vida más (27). Otra de sus peticiones atendidas fue la de que, dado que no tenía herederos, la encomienda que había heredado de su padre se le otorgase a su hermano Andrés de Azcueta (28).

(23) AGI, Filipinas 40, N.50. Peticiones de Diego de Azcueta y Andrés López de Azaldegui, 1634.

(24) *Ibíd.*, f. 41.

(25) AGI, Filipinas 347, L.1, ff. 82r-85r. Real cédula a Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas, para que provea en oficios y cargos de justicia y guerra de esas islas a Diego de Azcueta y Menchaca, hijo de Cristóbal de Azcueta y Menchaca, a pesar de que es encomendero en ellas, siempre que la jurisdicción del oficio no entre en el distrito de su encomienda. El Escorial, 23 de octubre de 1634.

(26) AGI, Filipinas 347, L.1, ff. 110r-111r. Real cédula a Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas, recomendándole a Andrés de Azcueta y Menchaca, hijo de Cristóbal de Azcueta, para que le provea en oficios de justicia y guerra conforme a su calidad y suficiencia, y le honre y favorezca. Madrid, 29 de noviembre de 1634.

(27) *Ibíd.*, ff. 111r-113r. Real cédula prorrogando a Diego de Azcueta, por una vida más, en la encomienda de indios que posee en los pueblos de Magaldón, San Jacinto y San Pablo de los Montes.

(28) AGI, Filipinas 2, N.1. Carta sobre merced a Diego de Azcueta, 1637.

Conclusiones

Entre los grandes personajes de la conquista y colonización de Filipinas hallamos, sin duda alguna, a Cristóbal de Azcueta, un hombre versátil donde los hubiere. Un soldado extraordinario capaz de mandar con éxito una empresa militar frente a sus enemigos, de gobernar los galeones durante su travesía trasoceánica en el siempre peligroso Mar del Sur, o de gestionar de forma implacable su mandato sobre los presidios más alejados de todas las posesiones hispánicas: las islas Molucas. Pero también es otra muestra de la importancia que tuvieron las redes de poder en las islas Filipinas, de sus grandes anclajes, tanto en el mismo archipiélago como en Nueva España y la corte, y de cuáles eran sus necesidades y, lógicamente, sus demandas.